

BREVE HISTORIA DE ESPAÑA I

Las raíces

Luis E. Íñigo Fernández



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de España I: Las raíces
Autor: © Luis Enrique Íñigo Fernández
Director de colección: José Luis Ibáñez

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Nic And Will

Reservados todos los derechos del texto de este libro. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-919-4

Libro electrónico: primera edición

A mi hija Ester, una nueva estrella
en el firmamento de mi vida.

Índice

Prólogo	13
Introducción	19
Capítulo 1: Cuando España no era aún España.....	23
Orígenes	23
Depredadores	26
Agricultores.....	33
Una tardía neolitización	36
Los señores de la púrpura y del hierro: los fenicios y los celtas	39
Los hijos de Dido: los cartagineses.....	46

Capítulo 2: Hijos de la loba romana.....	51
Bajo las águilas de Roma.....	51
Y tras la espada, la toga.....	64
Latifundios y minas.....	67
Señores y esclavos	71
De Júpiter a Cristo	73
La agonía del Imperio	75
El legado de Roma	83
Capítulo 3: Bajo el signo de la media luna.....	89
El colapso visigodo	89
Un Estado frágil	92
Una economía floreciente	110
Un pueblo que amaba la belleza	119
Capítulo 4: La recuperación de España	125
Montañeses y visigodos	125
Repoblación	130
Reconquista.....	137
El renacer de la vida urbana.....	143
El otoño del Medioevo.....	154
El legado de la Edad Media	163
Capítulo 5: La hegemonía hispánica	167
Unidad.....	167
Imperio	178
Una dinastía extranjera	188
Penuria y oropeles.....	200

Capítulo 6: Un gigante con pies de barro	211
Decadencia	211
Las Españas de América	222
La fatiga del Imperio.....	227
Siglos de Oro.....	234
Glosario	241
Bibliografía.....	251

Prólogo

Pocas cosas resultan tan difíciles en la profesión de historiador como la divulgación del conocimiento histórico para un público no especializado, dentro de los exigentes parámetros de calidad que calificamos de «académicos». Quien acomete el empeño debe conciliar en una síntesis el rigor intelectual y la capacidad de resumir los contenidos científicos con la amenidad expositiva que demanda la variedad de lectores a los que se dirige. Frente al «vulgarizador» mediático, que sigue la fácil senda de cultivar los pre-juicios y los tópicos manidos, el divulgador académico se atiene al compromiso de calidad y objetividad que dimana de su propia condición de educador. Pocas cosas hay tan serias como transmitir al común de los mortales el conocimiento científico actualizado.

Y ello es especialmente comprometido cuando el empeño es, nada menos, que explicar el conjunto del devenir histórico de un pueblo, desde el principio de los tiempos hasta los días vividos por el lector. Pocas cosas han sido tan cuestionadas en nuestro país, en las últimas décadas, como la historia «nacional» española. La potenciación de los particularismos regionales por la vía de los nacionalismos alternativos ha conducido, en las universidades y otros centros de investigación a impulsar una pluralidad de enfoques sobre el concepto mismo de la «historia patria». Cobran fuerza las interpretaciones que niegan carácter nacional a la realidad del Estado español. Desde las conciliadoras propuestas federalistas de interpretar a España como «nación de naciones», hasta las lecturas que, por la vía de relativizar o demonizar la historia común, introducen visiones «soberanistas», confederales o abiertamente independentistas. Pervive, pese a ello, la visión progresista de la historia de España concebida como un proceso de vertebración y modernización, en torno a la unidad territorial y al Estado soberano, que condujo hasta una comunidad nacional integrada por ciudadanos iguales y solidarios, los españoles. Y se mantiene, con mucho menos vigor, el enfoque tradicionalista de la nación forjada por una unión de pueblos en torno a la comunidad cultural hispana, la unidad religiosa y la grandeza de las empresas pretéritas.

Tras esta pluralidad de enfoques late, en el fondo y en la forma, la pregunta acuciante que tantos pensadores han intentado resolver: ¿qué es España? Para cualquier español consciente de su entorno social, del

pasado que hereda, del presente que vive, del futuro que lega, esta es una cuestión fundamental. Y para resolverla más allá del puro sentimiento, siempre es preciso volver la vista atrás, a la Historia. Profundizar en las raíces, estudiar los procesos comunitarios, analizar sus consecuencias.

Claro que lo «nacional» tiene límites retrospectivos. Aunque algunos lo pretendan, en los tiempos del Antiguo Testamento no se pueden rastrear las naciones actuales. Es imposible que los habitantes prehistóricos de Atapuerca se considerasen «españoles». Tampoco sería, por ejemplo, el caso de Viriato, el guerrillero lusitano, de quien es igualmente improbable que se identificara como «portugués», o como «extremeño». Podemos apostar a que su coetáneo, el caudillo íbero Indíbil, tampoco sabía que era «catalán». Pero un habitante de la península en tiempos de Cristo ya se consideraba genéricamente «hispano» y en la Edad Media el concepto geopolítico de España estaba suficientemente arraigado, al margen de las siempre cambiantes divisiones fronterizas de sus reinos. Los súbditos ibéricos de Carlos V se sabían pertenecientes a un reino de España que ya existía bajo una fórmula confederal dos siglos antes de que los decretos de Nueva Planta establecieran la moderna forma unitaria del Estado. Concepto geográfico, comunidad cultural, realidad política, Iberia, Hispania, España constituye una constante en la evolución de sus pueblos que ha llevado a los historiadores, desde mucho antes de que existieran los nacionalismos, y de que de ellos surgieran las naciones, a fijarla como objeto histórico mile-

nario. Es como proyectarse al pasado desde el presente en busca de junturas y líneas de fractura de un proceso de convivencia en continua re-elaboración.

La Historia, como conjunto de saberes y como metodología de análisis del pasado, evoluciona en el tiempo y ello cambia la forma en que se percibe y se trabaja. Ni los historiadores, ni sus lectores, dejan de ser hijos de su tiempo. Es un tópico afirmar que cada generación rescribe la Historia. En realidad, la rescribe cada promoción que sale de las aulas universitarias y, en el curso de la vida de su autor, un juvenil ensayo rompedor se transformará en un «clásico» de la historiografía, numerosas veces superado y rebatido. Otro tópico afirma que la Historia la escriben los vencedores. Solo es cierto en parte. Como el actual y apasionante debate sobre la «memoria histórica» de la guerra civil de 1936 está poniendo de manifiesto, la escriben los vencedores, pero la rescriben los nietos de los vencidos.

Y el empeño precisa de la pluralidad de enfoques. Aunque la pretenciosa historia total que se proponía a mediados del pasado siglo ha quedado relegada al desván de los imposibles, una historia «nacional» requiere de un tratamiento multidisciplinar, en el que la historia política, la económica, la social, la cultural... se complementan en la exposición de los procesos de largo recorrido a fin de explicarlos con la pluralidad de enfoques que requieren.

El esquema de la historia general de España está establecido en nuestras conciencias desde la escuela. Sigue una línea cronológica global, dividida en perio-

dos y un ámbito geográfico común, frente a las visiones fraccionales que la diversifican conforme a los espacios geográficos interiores o las estructuras político-administrativas actuales. Desde mucho tiempo atrás, esta línea cronológica se ha ceñido a la convención de unas divisiones tradicionales —Prehistoria, edades Antigua, Media, Moderna y Contemporánea— separadas por tópicas cesuras, rígidas, breves y muy concretas: la batalla del Guadalete, la conquista de Granada, el 2 de Mayo de 1808... El mundo académico lo sigue admitiendo así, de una manera formal, en las «áreas de conocimiento» que compartimentan nuestra historiografía universitaria. No obstante, parece más lógica la opción que se sigue en este libro: una estructura mucho más flexible, con una sucesión de capítulos de temática concreta, que obvian, en la medida de lo posible, los saltos entre las tópicas «edades» y mantienen, por lo tanto, una mayor continuidad en el relato.

La Historia de España que prologan estas palabras es un excelente ejemplo de síntesis de una tradición histórica nacional que supera, en el tiempo y en el espacio, los límites de un Estado contemporáneo. Tradición que responde a una realidad avalada por los propios procesos históricos. Pero tradición que, en la visión actual que nos ofrece el autor, huye de los tópicos nacionalistas de cualquier signo para asumir la compleja pluralidad del hecho español y acercarla a la sensibilidad del lector de hoy. Luis Íñigo es un historiador vocacional, con una larga trayectoria como investigador y docente. Es, por lo tanto, un lector voraz

y un trasmisor nato de conocimiento en los diversos niveles del discurso historiográfico. Y en esta Historia de España demuestra su capacidad para llegar al más amplio público de estudiantes y aficionados a la Historia. Con una prosa amena, explicativa, plena de imágenes y sugerencias. Pero sin concesiones a la vulgarización y al tópico, planteando en cada tema el estado de cuestión a la luz de las investigaciones más recientes. Con la esperanza, quizás, de que el lector del libro tenga, cuando lo concluya, más firmes elementos de valoración personal para contestar a la inquietante pregunta que subyace en tantas controversias historiográficas: ¿qué es España?

Julio Gil Pecharromán
Profesor Titular de Historia Contemporánea
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Introducción

¿Otra historia de España? Probablemente, querido lector, acabas de hacerte esta pregunta. Quizá has cogido el libro, atraído por el colorido de su cubierta, que tanto destaca entre los atestados anaqueles de la librería o del centro comercial donde te encuentras, sin otra intención que hojearlo mientras tal vez tus hijos se entretienen en la sección infantil. Si es así, cuento tan solo con unas pocas líneas, un par de minutos en el mejor de los casos, para provocar de tal modo tu curiosidad que no te quede más remedio que leerlo, convencido de que lo que en él vas a encontrar nadie te lo había ofrecido antes y, de que además te ofrecerá algunas horas de lectura agradable y, por qué no decirlo, conocimientos fáciles de adquirir.

Por supuesto, tengo que asegurarte que eso es, precisamente, lo que vas a encontrar en estas páginas. No

voy a engañarte. Escribirlas no ha sido una tarea fácil. Condensar en menos de trescientas páginas de este formato una Historia de España desde la Prehistoria hasta el siglo XVIII, y hacerlo de modo que la entiendan y la disfruten personas que no son, ni tienen por qué serlo, profesionales de la historia, merecería figurar entre los doce trabajos de Hércules.

Sí, quizá he exagerado un poco. Por supuesto, para escribir este libro no he tenido que dar muerte al león de Nemea, pero lo cierto es que se trata de un pequeño logro. Primero, porque estamos hablando de un período de varios milenios, y eso es mucho tiempo para tan poco espacio. Y segundo, porque se trata también de una historia muy compleja. La parte del mundo que nos ha tocado habitar, la península ibérica, se encuentra ubicada en un lugar muy especial, en el extremo occidental del continente europeo. Y esta ubicación ha condicionado su evolución histórica, otorgándole el papel de puente entre Europa y África, y forzándola, a un tiempo, a volverse hacia el mar y buscar en él el destino colectivo de sus pobladores. Aunque sea un tópico, Iberia estaba llamada por la geografía a ser crisol de pueblos y culturas. Narrar su historia haciendo justicia a este papel, y a la pluralidad que de él resulta, sin negar por ello su existencia milenaria como entidad histórica reconocible —no como *nación*, que de eso no había aún antes del siglo XVII, por más que muchos lo pretendan—, no es una tarea sencilla. En todo caso, el resultado está a la vista y dentro de muy poco estarás en disposición de tener ocasión de juzgar si este autor ha logrado o no lo que se proponía.

Antes me gustaría, una vez explicado mi objetivo, exponer también la forma en que he tratado de lograrlo. Como no quiero apartarte más tiempo del placer de leer esta obra, diré tan solo un par de cosas. Después de varias décadas viviendo entre libros de historia, he podido comprobar que uno de los elementos que más dificultad y lentitud añaden a su lectura es la necesidad en que a menudo se ve el autor de explicar los conceptos que va introduciendo. Si no lo hace, y los da por conocidos, se arriesga a que el lector no comprenda lo que quiere decir. Pero si los desarrolla en notas a pie de página, el resultado no es mucho mejor, ya que la mayoría de los lectores, es decir, todos con excepción de los eruditos, consideran que los libros con excesivas notas son lo más parecido a un ladrillo que cabe imaginar. Para conjurar ambos riesgos, he optado por señalar con un asterisco los conceptos con los que el lector de a pie puede no estar familiarizado y explicarlos por orden alfabético en un glosario al final del libro. De este modo, la lectura no pierde agilidad, y solo los que lo necesiten se verán obligados a interrumpirla para consultar algún término.

Por otro lado, la experiencia me ha demostrado también que, a pesar de la predilección de los historiadores por los análisis sesudos y complejos en los que intervienen múltiples factores, lo que el lector de a pie prefiere es la historia narrativa. Esto no quiere decir que este libro sea un cuento o una novela, y menos aún que no trate de explicar por qué y cómo se desarrolló nuestro pasado. La historia puede narrar y explicar a un tiempo, e incluso rozar lo literario sin perder por ello profundidad en sus análisis. Por supuesto, hacerlo así añade una dificultad

más a un trabajo ya de por sí arduo, pues la Historia, a diferencia de otras disciplinas, es pluricausal, lo que hace muy complicada la exposición escrita de sus conclusiones. Con demasiada frecuencia, los historiadores nos perdemos tanto en cuestiones de detalle que los árboles nos impiden ver el bosque.

En fin, lo que aquí he tratado de hacer es precisamente eso: lograr que el lector vea a un tiempo los árboles, los hechos históricos y el bosque, los procesos, las permanencias y los cambios, de manera que los primeros cobren sentido insertos en los segundos y el conjunto sirva al que debe ser el objetivo último de toda obra de historia: convertir el conocimiento del pasado en una herramienta útil para comprender el presente y, en última instancia, hacer de nosotros personas más libres. Este pequeño libro tan solo pretende colaborar con humildad en esa gran tarea. Espero que lo disfrutes. Y si lo haces, ya sabes: no dudes en leer a su debido tiempo el segundo tomo. Como ya demostrara Cervantes, las segundas partes también pueden ser buenas.

Luis Enrique Íñigo Fernández
luis.inigo.fernandez@madrid.org

1

Cuando España no era aún España

La Turdetania es maravillosamente fértil; tiene toda clase de frutos y muy abundantes... Así pues, siendo la región navegable en todos sentidos, tanto la importación como la exportación de mercancías se ve extraordinariamente facilitada.

Estrabón. *Geografía*, Libro III.

ORÍGENES

Las gentes cultas del siglo XVIII se mostraban convencidas, pues así lo había calculado un célebre erudito de la época, de que Dios había creado el mundo no mucho tiempo atrás; exactamente, el 23 de octubre del año 4004 a. C. a las nueve de la mañana. Luego, tras dar forma a todo cuanto existe sobre la Tierra, la había adornado con su mejor criatura, el hombre, que había visto la luz al sexto día de la Creación.

Hoy sabemos que no es así. El mundo es mucho más antiguo de lo que se creía hace dos siglos. La Tierra

tiene, con toda seguridad, más de cuatro mil millones de años. Y por lo que se refiere a la especie humana, nuestros primeros antepasados poblaron los húmedos bosques de África, la cuna del *Homo sapiens*, hace unos cinco millones de años. ¡Cuánto trabajo para los historiadores!

Sin embargo, los historiadores tenemos muy poco que decir sobre la mayor parte de ese tiempo, simplemente porque apenas sabemos nada de él. Por esa razón, ni siquiera lo denominamos *Historia*, sino *Prehistoria*, es decir, el período que precede a la Historia. Con ello queremos también indicar que lo poco que conocemos de aquellos hombres ha llegado hasta nosotros por fuentes distintas de la escritura y previas a su invención, como restos fosilizados de personas y animales, herramientas o adornos.

Valiéndose de tan exigua información, expertos en diversas ciencias, trabajando codo con codo, dibujan un paisaje en constante cambio de nuestro pasado más remoto. Gracias a ellos sabemos que fueron varias las especies emparentadas con la nuestra que nos precedieron sobre la Tierra. A las más antiguas, capaces ya de caminar erguidas, pero todavía no de fabricar útiles, no las consideramos humanas. Por ello las reunimos a todas —el diminuto ardipteico, los populares australopitecos, los robustos parántropos— bajo el apelativo de *homínidos*, evitando con toda intención el de *hombres*. El primero de nuestros antepasados que merece este título es el llamado *Homo habilis*, que habitó la sabana africana hace unos dos millones de años. Se trata de un pariente muy humilde, pero cumple ya todas las condiciones para ganarse el apelativo de humano: camina

erguido; es capaz de fabricar herramientas; posee un cerebro muy desarrollado en relación con su tamaño, y es tan inmaduro cuando nace que requiere un largo periodo de su vida para convertirse en adulto. Las herramientas que fabricaba eran aún muy toscas, apenas unos cantos trabajados mediante unos pocos golpes, pero revelan ya la presencia de ese rasgo que solo el hombre posee: la tecnología. Gracias a ella, nuestros frágiles antepasados pudieron triunfar sobre competidores mucho mejor dotados por la naturaleza. Podemos decir que, de una forma generalizada, su cuerpo fue haciéndose más robusto; su cerebro, más voluminoso, y sus manos, más hábiles. Y así, poco a poco, comenzaron a extenderse por el planeta.

Quizá por ello es la tecnología la que nos sirve para dividir en etapas la Prehistoria. Puesto que la mayor parte de las herramientas que fabricaba el hombre estaban hechas de piedra tallada, llamamos *Paleolítico* —es decir, «piedra antigua»— al período que se extiende desde su aparición hasta la invención de los primeros útiles de piedra pulimentada, unos diez mil años antes de Jesucristo, cuando da comienzo la era de la «piedra nueva», o *Neolítico*. Luego, el descubrimiento del metal —cobre, bronce, hierro, en este orden— a partir del cuarto milenio a. C., junto a la invención de la escritura y los grandes cambios económicos, sociales y políticos que acompañan al progreso técnico, llevarán al hombre a cruzar la frontera de la Historia.

Los distintos avances en la técnica de la talla permiten, a su vez, marcar fronteras dentro del Paleolítico. Así, durante el Paleolítico Inferior, la humanidad obtenía sus

útiles a partir de grandes núcleos de piedra, al principio golpeándolos tan solo unas cuantas veces, hasta obtener un tosco filo, después de manera más elaborada, transformándolos en las famosas hachas de piedra conocidas como bifaces. Más tarde, en el Paleolítico Medio, son los fragmentos de piedra que saltan del núcleo durante la talla, las *lascas*, los que sirven de materia prima para fabricar herramientas cada vez más diversas y especializadas. Y por fin, en el Paleolítico Superior, la técnica de la talla alcanza una perfección de la que son buena prueba los instrumentos de hoja, minúsculos y eficaces.

Distintas especies humanas fueron protagonistas de estos cambios. *Homo habilis*, *Homo ergaster*, *Homo erectus* y *Homo antecessor* vivieron durante el Paleolítico Inferior; el *Homo sapiens neandertalensis* —el famoso hombre de Neandertal, que convivió con nosotros, los *sapiens*— lo hizo durante el Paleolítico Medio, y, por último, nuestra propia especie, el *Homo sapiens sapiens*, se adueñó de la Tierra a lo largo del Paleolítico Superior y se erigió en la única protagonista de la Historia.

Aclarado todo esto, podemos tratar ya de comprender cómo se desarrolló el intenso drama de la Prehistoria en la península ibérica.

DEPREDADORES

La Iberia prehistórica se encontraba ya poblada en el Paleolítico Inferior. Su primer habitante, al menos por lo que hasta ahora sabemos, pertenecía a la especie



Reconstrucción ideal del Homo antecessor, por lo que hoy sabemos, el poblador más antiguo de la península ibérica. Un diente datado en 1,2 millones de años antes del presente, que fue hallado en 2008 en Atapuerca, ha forzado a los paleontólogos a adelantar casi cuatrocientos mil años la presencia humana en la península.

denominada *Homo antecessor*. Sus restos más antiguos, que datan de hace poco más de un millón de años, nos muestran un individuo dotado de un cerebro algo más grande que sus predecesores, en torno a los mil centímetros cúbicos, y una cara menos plana, que debía conferirle una expresión semejante a la nuestra. Pero si su aspecto era moderno, no lo era tanto su tecnología, que apenas había logrado mejorar un poco los toscos cantos trabajados del *Homo habilis*.

Con herramientas tan pobres, sufría este «hombre pionero» (pues eso es lo que quiere decir *Homo antecessor*) la tiranía de una naturaleza de la que dependía por completo. Recolector y carroñero, incluso caníbal en ocasiones, incapaz todavía de cazar otra cosa que pequeñas presas, deambulaba de sol a sol por los campos ibéricos; buscaba la proximidad imprescindible de los ríos, alimentándose de frutos y bayas; disimulaba su presencia a depredadores más voraces, disfrutando a veces de los restos de sus festines en la oscuridad protectora de las cuevas, y, en fin, servía más de una vez él mismo de alimento a sus enemigos naturales.

Pero por cruel y miserable que resultara su existencia, fue lo bastante dilatada para permitir su evolución. En Europa, donde el lento migrar de generaciones le había conducido desde su lugar de nacimiento en África, terminó, de acuerdo con algunos autores, por dar origen a una especie distinta, el hombre de Neandertal, que comenzó a poblar el continente y llegó a nuestra península hará unos cien mil años.

Los individuos de esta nueva especie habían de resultar impresionantes. No muy altos, pero de gran

robustez, dueños de pesados huesos y una formidable musculatura, poseían ya un cerebro de tamaño similar al nuestro. Sus grandes pulmones y la amplitud de sus fosas nasales les permitían una perfecta adaptación al frío intenso de aquella Europa aterida por las glaciaciones. Tallaban aún la piedra, pero lo hacían con enorme precisión, obteniendo de ella herramientas múltiples y especializadas. Aunque nómadas, recolectores y cazadores como sus ancestros, se enfrentaban ya con decisión a piezas de gran tamaño, a las que derrotaban más como resultado de su inteligencia social que de su fuerza bruta. Señores del fuego, amaban el calor hogareño de las cuevas; velaban por los ancianos y los impedidos, y quizá en el fondo de su alma latiera ya la gran pregunta acerca del verdadero sentido de la vida y el oscuro significado de la muerte. La práctica de enterrar a sus difuntos, en lugar de abandonarlos a merced de los carroñeros, y de acompañar sus cuerpos con herramientas, útiles o adornos revela, en todo caso, una humanidad bien lejana de la imagen bestial que muchas personas conservan aún de estos hombres.

Pero la fuerza que iba a expulsar a los neandertales del gran teatro de la Historia se gestaba ya en la misma cuna africana de sus antepasados. Allí, al menos según algunos autores, los últimos descendientes del *Homo antecessor* habían cambiado también, pero de un modo distinto. Hace quizá unos doscientos mil años, la evolución había dado origen a una nueva especie, el *Homo sapiens*, que llegaría más tarde a convertirse en la única representante de la humanidad.

Como una mancha de aceite, lenta pero imparable, la nueva especie fue extendiéndose. Llegó a Oriente Pró-



El conocido popularmente como hombre de Neandertal, del que se ofrece aquí una reconstrucción idealizada, había de tener, a simple vista, un aspecto imponente. Nuestra especie, menos robusta y peor adaptada a la inhóspita Europa de las glaciaciones, solo contaba frente a él con una ventaja: el lenguaje articulado.

ximo; penetró en Asia, donde terminó con las milenarias poblaciones de *Homo erectus*; entró en Europa por el este, encontrándose enseguida con los poderosos neandertales, y, cuarenta mil años antes del presente, alcanzó la península ibérica.

Durante unos miles de años, ambas especies humanas convivieron. Luego, sin saber muy bien cómo, aquí como en el resto del continente, los neandertales se extinguieron. Sobre el papel, eran ellos quienes parecían tener todos los triunfos para ganar aquella partida, la más decisiva de nuestra historia. El *Homo sapiens* era menos robusto. Sus fosas nasales, más cortas, no eran adecuadas para un clima tan frío como el europeo. Y en cuanto a su cerebro, no era de mayor tamaño que el de sus competidores. La única ventaja

que poseían nuestros antepasados se la proporcionaba el lenguaje.

El *Homo sapiens* poseía una larga faringe que le habilitaba para producir una gran variedad de sonidos. Gracias a ellos, su lenguaje articulado podía ser extraordinariamente rico, mucho más que el de los neandertales. Y con un lenguaje así, el grado de cooperación social a su alcance era mucho mayor y, por consiguiente, también lo era su capacidad para explotar los recursos del medio. Como individuos, quizá los neandertales eran superiores; como grupo, nuestros antepasados eran invencibles. Por esa razón, terminaron ganando la partida.

Ya dueña de la península, nuestra especie reveló bien pronto una gran capacidad para la diversificación cultural. El patrón común a todas las poblaciones venía determinado por una economía centrada en la recolección, la caza y la pesca, la habitación temporal en cuevas y campamentos, una tecnología desarrollada sobre la talla de la piedra y el hueso, y una organización social basada en clanes formados por varias familias emparentadas entre sí. Había, es cierto, diferencias regionales, pero no iban mucho más allá de simples peculiaridades en la técnica utilizada en la fabricación de herramientas. Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense, antes que etapas dentro del Paleolítico Superior, deben entenderse como referencias a diferentes complejos técnicos, sin apenas consecuencias sobre los modos de vida. En realidad, es el arte el que marca verdaderas distancias entre individuos y grupos a lo largo de esta última etapa del Paleolítico.

Los hombres de aquel tiempo hallaron el arte el camino más directo de comunicación con una naturaleza a la que se hallaban por completo sometidos. Inseguros ante sus manifestaciones, convencidos de que detrás de cada planta y cada animal de los que dependía su sustento se hallaba una fuerza espiritual sobre la que se podía influir, se valieron de la escultura y la pintura para persuadir al medio que habitaban de que se aviniera a satisfacer sus necesidades.

Tallaron así el hueso para conferirle formas de animales; esculpieron la piedra hasta transformarla en figurillas femeninas de exagerados atributos sexuales, y descubrieron en la pared de las cuevas, a menudo dúctil gracias a la humedad, un lienzo natural en el que dar rienda suelta a su búsqueda de seguridad en el alimento y la procreación. Estamparon primero sobre ella la huella insegura de sus manos; la enmarcaron luego en toscos pigmentos obtenidos de la sangre y la grasa de los animales y el polvo de los minerales machacados; idearon más tarde símbolos que aludían a los órganos relacionados con la reproducción, y, tan solo unos miles de años antes del fin de aquella interminable temporada de caza que fue ante todo el Paleolítico Superior, cubrieron lo más recóndito de las cavernas con verdaderas joyas pictóricas de cálidos tonos multicolores. Altamira, la mejor de todas ellas, muestra ante nuestros ojos atónitos un enorme palimpsesto de bisontes, caballos y ciervos, superpuestos sin orden ni concierto, ausente la efigie de hombre alguno que los cace, pero siempre prestos a servir de centro a unos rituales que sin duda tuvieron por objeto facilitar su captura en la vida real.



Bisonte de Altamira (Neocueva, reproducción). Aunque las primeras interpretaciones sobre la pintura parietal del Paleolítico Superior quisieron ver en ella una simple manifestación del «arte por el arte», en la actualidad, sin negar la evidente capacidad estética del hombre paleolítico, se tiende a ver en ella un instrumento al servicio de su necesidad de asegurarse una caza abundante y segura.

AGRICULTORES

Todo fue bien durante decenas de miles de años. Las comunidades de cazadores y recolectores, sin enemigos serios que les disputaran la cúspide de la pirámide ecológica, se extendieron por doquier. Su existencia, lejos de ser aquella peripecia desagradable y brutal que describió Hobbes en el siglo XVII, era breve pero, a diferencia de la nuestra, no se hallaba dominada por el trabajo, sino por el ocio, pues era muy poco el tiempo que debían dedicar a procurarse el alimento, que abundaba en su entorno. Por desgracia, una combinación de cambios climáticos y crecimiento demográfico terminaría por hacer inviable la persistencia de aquel modo de vida.

Hace unos doce mil años, el comienzo de un nuevo período climático denominado Holoceno, menos lluvioso que el que le precedió, supuso la extinción o la emigración hacia latitudes septentrionales de un buen número de grandes especies. El rinoceronte lanudo, el reno y el mamut desaparecieron del entorno del hombre. La población, que había crecido de manera lenta pero continua durante decenas de miles de años, se encontró ahora con problemas para asegurar su sustento. La humanidad, en fin, se enfrentaba a un reto ecológico que exigía una decidida réplica por su parte.

La primera respuesta fue la más sencilla: hacer lo mismo que se venía haciendo, pero con mayor intensidad. Durante el período que conocemos como *Epipaleolítico*, las sociedades de cazadores y recolectores continuaron cazando y recolectando, pero hubieron de fijar ahora su atención en piezas más pequeñas, como conejos y liebres, que exigían más trabajo para obtener menos carne, y especies vegetales menos exigentes en agua, como los cereales. Mientras, los instrumentos de piedra se hicieron todavía más precisos y diminutos, tanto, que los denominamos *microlitos*, es decir, «pequeñas piedras». Nuevas fuentes de comida, como los trabajosos mariscos, hubieron de ser exploradas, y el intercambio de alimentos y objetos entre grupos, antes innecesario, alcanzó ahora mayor frecuencia.

No fue suficiente. El esfuerzo sirvió tan solo para retrasar lo inevitable unos miles de años. El hombre no podía ya sobrevivir sin producir por sí mismo los alimentos que necesitaba: la economía depredadora debía dejar paso a la economía productora. Tocaban a su fin

los largos ocios a los que se hallaban habituadas las sociedades de cazadores y recolectores. Sonaba la hora del agricultor y el ganadero, sometidos a dilatadas jornadas de duro trabajo; forzados a habitar en un lugar fijo y a defenderlo de quienes trataran de aprovecharse de su esfuerzo; preocupados por el sol y la lluvia que condicionaban sus cosechas; devotos, en fin, de la diosa Tierra de la que, en última instancia, dependía su sustento.

Existía, es cierto, otra opción. El hombre podía haber respondido a la disminución de los recursos naturales frenando el crecimiento de su población. Pero hacerlo así no era fácil, porque los métodos de control de la natalidad que se hallaban a su alcance eran aún muy imperfectos y suponían, todos ellos, un sacrificio mayor que el que exigían la agricultura y la ganadería. La abstinencia sexual, el aborto en condiciones de grave riesgo, la prolongación de la lactancia o la negligencia en el cuidado de los recién nacidos habrían, sin duda, contenido el crecimiento demográfico. Pero el precio a pagar era tan alto que, en realidad, no había mucho que pensar. Hace unos diez mil años, la caza y la recolección empezaron a retroceder en favor de la agricultura y la ganadería.

Como es lógico, esto no sucedió al mismo tiempo en todas partes. Aquellos lugares en los que existían en estado salvaje las especies susceptibles de domesticación o cultivo —la oveja, la cabra, la cebada, el trigo— partían con una ventaja sustancial. Y fue en ellos donde el cambio se produjo en un primer momento, extendiéndose después, poco a poco, en una marcha de milenios, a las zonas más alejadas. Por ello denominamos a aquellas regiones —el Próximo Oriente, Mesoamérica, el

norte de China— *zonas nucleares*. Además, consideramos estos cambios como los más trascendentales en la historia de la humanidad, y, a pesar de que no fue la aparición de la piedra pulimentada o *piedra nueva* su rasgo más significativo, seguimos conociéndolos bajo el nombre de *revolución neolítica*.

UNA TARDÍA NEOLITIZACIÓN

La península ibérica, no muy cercana a las costas orientales del Mediterráneo, de donde había partido la neolitización en esta zona del mundo, tardaría mucho en conocer sus cambios. De hecho, tanto se retrasó su venida —a un kilómetro por año habrían avanzado hacia Occidente la agricultura y la ganadería según algunos autores— que cuando se produjo al fin, cinco milenios antes del nacimiento de Cristo, el Neolítico que alcanzó nuestra tierra no llegaría en estado puro, sino mezclado ya con innovaciones técnicas y económicas propias de períodos más avanzados.

Por ello, el Neolítico peninsular mostró bien pronto esa pluralidad que tan presente habría de estar siempre en nuestra historia. Al norte, en lo que hoy es Cataluña, pueblos de agricultores entierran a sus muertos en fosas, revestidas en ocasiones con lajas de piedra, y, quizá en un deseo de hacer su tránsito más llevadero, envuelven al difunto en el manto protector de los objetos que le acompañaron en la vida. Mientras, a lo largo de las costas y hacia el sur, la ganadería gana protagonismo al cultivo de los campos, y las cuevas ocultan cerámicas

adornadas con incisiones o impresas con conchas, tributo simbólico de estos hombres al mar que les enseñó a trabajar la dúctil arcilla.

Poco a poco, con el correr de los siglos, las nuevas formas de vida irán alcanzando el resto de la península. Pero aún no sabían todos los pueblos ibéricos cultivar la tierra y apacentar los rebaños cuando el rumboso Mediterráneo ofrecía un nuevo regalo a las gentes de sus costas. El metal, primero en forma de frágil cobre, luego mezclado con el estaño para formar sólido bronce, traería con él cambios aún más profundos en los objetos, las gentes y los paisajes.

La piedra pulimentada, que da nombre al Neolítico, no desaparece, pero termina por rendir su imperio milenario a la nueva materia, superior en dureza, más maleable y capaz de renacer una y otra vez de sus cenizas. Las herramientas, las armas, las joyas nos cuentan el triunfo paulatino del metal. Y con él va muriendo la igualdad entre los hombres y los pueblos. Quienes lo poseen someten a quienes lo anhelan. Las llanuras ceden su lugar a las colinas, de fácil defensa, como lugares preferidos de habitación. Las murallas encierran a los poblados en su abrazo protector. La paz deja paso a la guerra. Junto a los pastores y los agricultores, surgen los guerreros; los soldados requieren jefes. La existencia de excedentes más abundantes y la posibilidad de almacenarlos, prohibiendo acceder a ellos a quien se niegue a obedecer, combinadas con las necesidades de la defensa, dan al traste con la vieja igualdad de las comunidades de aldeanos. La sociedad marca sus jerarquías en este mundo y en el otro. Las tumbas se transforman en visi-



Reconstrucción del poblado de Los Millares, hoy en Santa Fe de Mondújar (Almería). La llamada cultura de Los Millares fue la más avanzada de la península durante el Calcolítico y, con toda probabilidad, la primera que utilizó de forma habitual utensilios de metal.

bles monumentos a la vanidad de las élites, que abandonan esta vida entre riquísimos ajuares a la eterna sombra de sus sepulcros de piedra. La faz de los dioses, todavía personificación de las fuerzas de la naturaleza, señora de las cosechas, se va tornando humana.

Poco a poco, el aislamiento y la distancia determinan la aparición de nuevas diferencias regionales. Las tierras de Andalucía, bendecidas por la riqueza metálica de su suelo, cobran ventaja. Es en ellas, y en especial en lo que hoy es la provincia de Almería, donde surgen las culturas más avanzadas. Dos de ellas, Los Millares, en el tercer milenio antes de nuestra era, y El Argar, ya en el segundo milenio, exhiben ya extensos poblados, murallas de mayor solidez y torres más elevadas; cubren sus campos con abundantes cosechas de

cebada y trigo, mientras recorren sus veredas nutridos rebaños, y revelan la presencia de clases dirigentes orgullosas de la riqueza de sus joyas y la sofisticación de sus pétreas tumbas de corredor, como las que aún se conservan en Antequera, Menga y El Romeral. Entretanto, culturas similares, aunque menos opulentas, se desarrollan en las Baleares, Valencia, Cataluña y La Mancha.

Por el contrario, en las montañas del centro y el norte, donde la naturaleza ha sido menos generosa y el cereal encuentra difícil acomodo, el pastoreo y el comercio ocasional deben bastar por fuerza para cubrir las necesidades de comunidades errantes cuyos enterramientos, mucho más humildes, muestran las limitaciones de su base económica. Sin embargo, su cerámica, de original diseño campaniforme, entre el tercer y el segundo milenio antes de nuestra era, dejará huella por todo el continente, desde las tierras del Danubio a los fríos páramos ingleses, mostrándose ya como un verdadero fenómeno cultural paneuropeo.

LOS SEÑORES DE LA PÚRPURA Y DEL HIERRO: LOS FENICIOS Y LOS CELTAS

El progreso no se detendrá; las influencias del exterior, tampoco. La Iberia que se encuentran los romanos, tres siglos antes del nacimiento de Cristo, empieza a formarse siete centurias antes, hacia el año 1000 a. C. Sus forjadores serán visitantes venidos del este, de las lejanas costas del Mediterráneo oriental, y del norte, al otro lado de los Pirineos. Fenicios y griegos, celtas y cart-



El geógrafo griego Estrabón (siglo I a. C.) nunca estuvo en la península ibérica, pero fue, paradójicamente, el que hizo la más famosa descripción de ella. «Iberia —escribió— se parece a una piel de toro, tendida en sentido de su longitud de Occidente a Oriente, de modo que la parte delantera mire a Oriente y en sentido de su anchura del septentrion al Mediodía».

gineses llevarán de la mano a los pueblos autóctonos y les ayudarán a cruzar la puerta de la Historia.

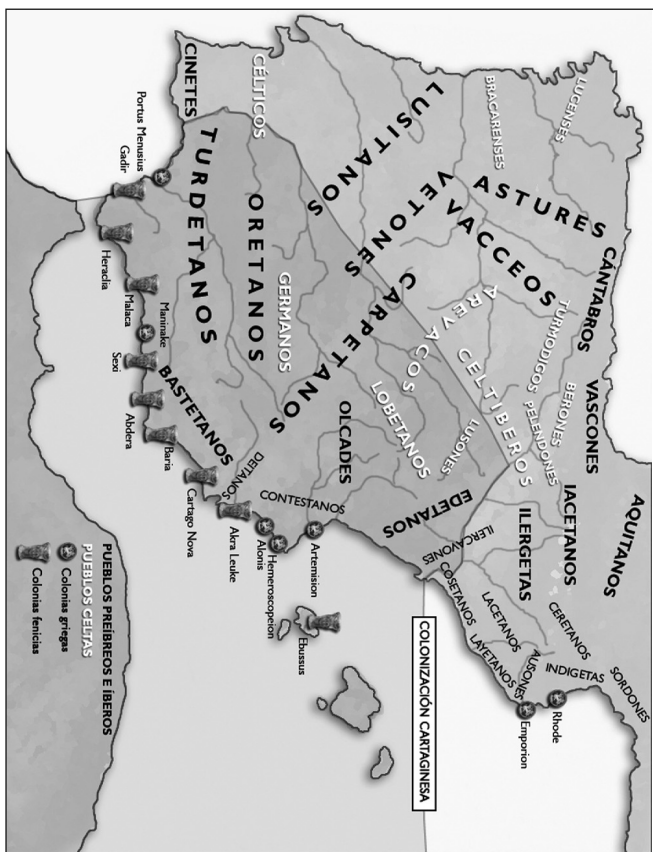
Los primeros en llegar fueron los fenicios, mil años antes de nuestra era. Los atrajo la mítica riqueza metálica de la península. El oro, la plata, el cobre y el estaño llenaron sus barcos y los animaron a retornar una y otra vez a nuestras costas en busca de nuevas cargas, y a establecerse más tarde en ellas, colonizando sus tierras y mezclando su cultura con la de sus pobladores. Decididos a quedarse, buscaron promontorios unidos a la costa por un angosto istmo, a imagen de las distantes Sidón y Biblos, o islotes poco alejados de tierra, como la vieja Tiro, y amontonaron en ellos moradas estrechas y elevadas, rematadas en terrazas abiertas y prominentes torres desde las que otear el regreso de los navíos. Y en el cen-

tro de estas apiñadas urbes levantaron templos donde se rendía culto a las viejas divinidades semitas: el poderoso Baal, su esposa Astarté y su hijo Melkart. Nacieron así Sexi (Almuñécar, en Granada) y Abdera (la almeriense Adra), Malaka (Málaga) y, sobre todo, Gadir (Cádiz), llamada a ser, por su privilegiada situación a las puertas de las minas ibéricas de oro, plata y cobre, y a la cabeza de las rutas que conducían a los países del estaño, señora del comercio fenicio en Occidente.

Orgullosas e independientes, entregadas sin descanso a la tarea de procurarse nuevos clientes, tan pocos sus moradores en instinto político como sobrados en talento comercial, no conocieron entre sí ni con sus lejanas metrópolis* lazos más fuertes que la natural solidaridad de intereses en tiempos difíciles. Sin campos que proteger ni rebaños a los que dar abrigo, se hallaban por completo vueltas hacia el mar del que dependía su artesanía y su comercio, pilar de la riqueza de sus gobernantes, que no fueron reyes, nobles ni guerreros, sino tan solo opulentos mercaderes.

Y tras los fenicios, llegaron los griegos, que tocaron nuestras costas hacia mediados del siglo VII a. C. Impulsados por el ansia de encontrar territorios que poblar, mercados en los que colocar los productos de su pujante artesanía o un desahogo a las tensiones entre sus gentes, sus poderosos navíos cruzaron el Mediterráneo. Así se poblarían las costas catalanas y levantinas de sonoros nombres escritos en la lengua de Homero. Pero Hemeroskopeion, cerca de la actual Denia, Mainake, en el cerro del peñón, a medio camino entre Málaga y Almuñécar, o Rhode (Rosas) no fueron más que facto-

La península ibérica antes de la dominación romana.
A pesar de la notable diversidad de pueblos y culturas que la poblaban, a lo largo del I milenio a. C. la interacción entre ellos y los colonizadores llegados del exterior fue dotándolos de una cierta personalidad común.



rías comerciales en las que intercambiar productos con los nativos para obtener de ellos los ansiados metales, no ciudades en sentido estricto. Solo Ampurias, en Girona, la que lleva un nombre, *Emporion*, más acorde con las motivaciones comerciales de sus fundadores, es una verdadera ciudad. Aunque no por ello fue escasa la influencia cultural helena sobre los pobladores de la península. Sus cerámicas, su alfabeto, sus creencias y su arte impregnaron a los pueblos ibéricos, dejando en ellos una huella muy profunda.

Porque de la mano de fenicios y griegos, los pueblos de nuestra península empezaron a convertirse en algo homogéneo. Iberia, el nombre que los griegos dieron a la península, ya no es solo una referencia geográfica, sino también cultural. Desde Huelva hasta los Pirineos, cada pueblo sigue preservando su identidad y su nombre, habitando una región de límites más o menos nítidos, trabajando sus campos o pastoreando sus rebaños al abrigo protector de sus ciudades fortificadas, sirviendo a sus reyezuelos y caudillos, y haciéndose de tanto en tanto la guerra. Pero oretanos, turdetanos, bastetanos, ilergetas o ausones, que así se llamaban algunos de los muchos pueblos iberos que entonces habitaban la península, comparten mucho más de lo que les distingue.

Sus poblados, casi siempre sobre la tranquilizadora altura de un cerro o colina, son similares; parecidas sus casas rectangulares de adobe o mampostería, apiñadas en torno a calles angostas y tortuosas, y semejante su comercio con fenicios y griegos, cuya afición al cobre, la plata o el oro convierte a los iberos en eficaces mineros y hábiles metalúrgicos. Son iguales su lengua y su alfabeto, aún

por descifrar; idénticos sus dioses, que hubieron de rendirse ante las seductoras divinidades foráneas, y no lo es menos su escultura, que representa ahora su sumisión a las viejas fuerzas con la armonía aprendida de los visitantes extranjeros, que muestran como ninguna otra las hermosas facciones de la Dama de Elche. La iberización*, en fin, es un hecho varios siglos antes de la llegada de los romanos a nuestras costas.

Pero aún queda un rincón para el misterio. La Andalucía occidental acogió, si hemos de hacer caso a los textos clásicos, un reino de esplendor inusitado cuyo paso por la Historia fue intenso y fugaz como una llamarada, no más allá de dos centurias entre los siglos VIII y VI a. C. Pero si el mítico Tartessos, patria de Gárgoris y Habis, de Hyerón y Argantonio, fue alguna vez ese país de cultura refinada y fabulosa riqueza, se nos ocultan aún sus ciudades y sus puertos, testimonios más valiosos de la prosperidad de un pueblo que los tesoros de sus señores. Es por ello por lo que, purgando de mitos los textos de los historiadores griegos, debemos considerar la cultura tartésica como un fruto, aunque el más destacado, del sincretismo* secular operado entre las influencias de los colonizadores y las culturas locales del bronce.

Beneficiado por su estratégica situación, que hacía de él señor natural de las feraces vegas del Guadalquivir, los metales de Riotinto y Sierra Morena, y las rutas hacia el estaño septentrional, la relación de Tartessos con los fenicios hubo de ser más intensa, y más cuantiosos sus beneficios. De este modo, una cultura orientalizada con rapidez y elevada pronto al nivel estatal no hubo de tener grandes dificultades para someter a su control a caudillos

y reyezuelos de la Andalucía occidental, incorporándolos a una red creciente de intercambios y constituyendo con ellos una suerte de confederación más o menos estrecha. Pero todo ello poseía un único cimiento: el comercio fenicio. Así que cuando, caída Tiro en manos babilonias a comienzos del siglo VI a. C., todo el comercio metalífero del Mediterráneo occidental se desmorona, Tartessos cae con él. Su riqueza mengua, disminuye el interés de los jefes locales en su amistad y el caos se enseñoorea de la Andalucía occidental hasta que los iberos turdetanos restablezcan el orden.

Bien distinto es el paisaje que ofrece el norte de la península. La distancia y las barreras naturales han impedido que alcanzara a tocarlo la influencia fenicia y griega. La corriente civilizadora llegará, bien al contrario, de la Europa continental, penetrando las cumbres pirenaicas. Apenas iniciado el último milenio antes de la era cristiana, continuas migraciones de pueblos indoeuropeos van introduciendo la metalurgia del hierro y unas formas culturales bien diferentes de las de la Iberia mediterránea. Celtas será el denominador común que la costumbre ha concedido a estos pueblos portadores de nombres que en su época llegaron a ser sinónimo de belicosidad: galaicos, turmódigos, berones... Gentes de vida dura y carácter arrojado, habitan en redondas moradas de piedra y paja, agrupadas al abrigo de muros y torres, y aisladas por fosos en lo alto de protectores cerros. Dedicán sus días a la guerra o al pillaje, mientras sus mujeres cuidan rebaños y campos esperando pacientes el botín. Y someten, en fin, con la incontestable superioridad de sus armas a los hombres del sur, que, al tiempo, recibirán también sus influencias culturales.

Así, la Meseta, forzoso cruce de caminos entre el norte y el sur, será primero celta y luego ibera. El denominador común de sus pobladores, *celtíberos*, no es sino el intento de la tradición de mostrar a unos pueblos que, influidos primero por los aires indoeuropeos procedentes del continente, reciben después el impacto de la iberización originada en las costas mediterráneas. Arévacos, pelendones o lusones poseerán, en consecuencia, elementos de ambos mundos.

Su forma de gobernarse será similar a la de los iberos, la confederación temporal de tribus regidas por separado por oligarquías o régulos de frágil autoridad. Pero sus relaciones sociales han recogido típicos rasgos indoeuropeos, como la fortaleza de los vínculos suprafamiliares, sostenidos por la mítica creencia en un antepasado común, o instituciones como la hospitalidad* y el patronato*, determinantes del comportamiento cotidiano de sus gentes. Solo su economía, que conoció una hábil metalurgia y un regular comercio, habrá de adaptarse, por encima de influencias de uno u otro origen, a la multiplicidad de condiciones naturales de la Meseta, desde las fértiles vegas, que invitan al cultivo, a los pelados montes apenas aptos para el pastoreo seminómada.

LOS HIJOS DE DIDO: LOS CARTAGINESES

Mientras esto sucedía en nuestra península, Tiro, la más orgullosa de las metrópolis fenicias, capitulaba al fin en el 573 a. C., tras un asedio de trece años, ante las huestes del caldeo Nabucodonosor. Pero la misma deba-

cle tiria, que arruinó a tartesios y gaditanos, llamó también a la palestra de la Historia a los humildes habitantes de una anónima colonia fenicia en el norte de África, que se erigió en heredera de su comercio en el Occidente. Esta colonia, fundada según la leyenda, por Dido, obligada a huir de su patria por su hermano el rey Pigmalión, se llamaba simplemente «ciudad nueva», *Kart Hadasht* en lengua púnica, nombre del que deriva el de Cartago, con el que ha llegado hasta nosotros.

La herencia cartaginesa del occidente fenicio no es fruto de la casualidad. No existía en su desértica vecindad potencia alguna que la inquietase. El valle donde se asentaba era lo bastante fértil para alimentar a toda una gran urbe. Su puerto, erigido en la encrucijada entre las dos principales rutas del comercio mediterráneo, ofrecía a Cartago, de la que salían también cuantas caravanas recorrían el desierto hacia el centro mismo de África, la posibilidad de controlar ambas. El tradicional rechazo de los fenicios a mezclar su sangre con la de los pueblos indígenas otorgaba, por último, a los hijos de Dido la fuerza moral suficiente para aceptar el papel al que habían sido llamados. Pronto lo asumirán con intensa dedicación.

No solo defienden las antiguas posesiones de sus predecesores, sino que tratan de ampliarlas abriendo nuevas rutas. Hacia el siglo V a. C., Hannón, en pos del oro guineano, costea África hacia el sur. Por la misma época, Himilcon, navegando hacia el norte por las actuales costas portuguesas, busca el país del estaño. Las viejas colonias tirias renacen. Gadir recobra el papel perdido y recibe la ayuda cartaginesa frente a los dísco-

los indígenas ibéricos, víctimas cada vez más frecuentes de los ataques púnicos. Más al este, la cartaginesa Ibiza disputa a la helénica Marsella el control de las rutas comerciales del Mediterráneo occidental. Por fin, en Alalia (535 a. C.), uno de los combates navales más antiguos que menciona la historia, las naves de Cartago, aliadas con las de Etruria, se aseguran la hegemonía al derrotar a los griegos focenses, que hubieron de dejar Córcega. La habilidad de sus marinos, hermanada con la potencia de sus ejércitos mercenarios, alejaba por siempre a los griegos de las tierras del oeste.

Pero si los helenos, incapaces de movilizar grandes ejércitos, no eran enemigo para Cartago, pronto terminaría de forjar su supremacía sobre la península Itálica. Roma, la que durante mucho tiempo había sido poco más que una humilde aldea a orillas del Tíber. A comienzos del siglo III a. C., los romanos no habían mojado todavía sus encallecidos pies de agricultores en las aguas del Mediterráneo, pero, tomando ora el arado, ora la espada, habían sometido, uno tras otro, a todos sus vecinos, y, dotados de un sutil instinto de conductores de hombres, los habían integrado en una sólida confederación. Sus reservas humanas eran, en consecuencia, ingentes, y su ambición, como pronto mostrarían, insaciable. Bastó tan solo que aprendieran a navegar para que Cartago tuviera frente a sí un enemigo temible.

La diplomacia pareció capaz, al principio, de evitar el choque abierto entre los dos Imperios nacientes. Los primeros tratados entre ambas potencias reservan Italia para los romanos, que reconocen la soberanía púnica sobre Sicilia, Cerdeña, las Baleares e Iberia. Pero la gue-

rra fría pronto elevará su temperatura. Mediada la centuria, los cartagineses prueban por vez primera el amargo sabor de la derrota, que han de pagar muy cara. La llamada por la tradición primera guerra púnica (264-241 a. C.) costó a Cartago, que se vio obligada a enfrentar a Roma en la tierra, en Sicilia y en África, y en el mar, donde los romanos se revelaron como unos alumnos aventajados, una indemnización de tres mil doscientos talentos —ochenta toneladas de oro— en diez años, la drástica reducción de su flota de guerra y, en fin, la renuncia a sus posesiones en Sicilia, a la que luego se sumará Cerdeña.

Los cartagineses deben, pues, buscar la manera de recuperarse. Se dibuja entonces ante su Senado una encrucijada de la Historia. Un camino apunta hacia África; mira a la riqueza de sus feraces tierras y a una economía sometida a la égida de la agricultura. El otro lleva de nuevo al mar; implica la consolidación del dominio sobre la rica Iberia, aún a salvo de la rapacidad romana, y confiere la primacía a la minería y el comercio como fundamentos de la potencia cartaginesa.

La decisión fue impuesta por Amílcar Barca, señor de Cartago tras librarlo de la debacle a manos de un ejército de mercenarios rebeldes. Y fue él mismo, seducido por los beneficios que la empresa parecía prometer, el encargado de ejecutarla en el 236 a. C. En pocos años, el hábil general y sus sucesores, su yerno Asdrúbal y su hijo Aníbal, valiéndose tanto de la diplomacia como de la guerra, someten al control cartaginés toda la costa ibérica entre Gadir y la desembocadura del Ebro. Los romanos, preocupados entonces por la presión de los

galos al norte de Italia, aceptan el hecho consumado. El Tratado del Ebro (226 a. C.) reconoce la legitimidad del dominio púnico al sur, y solo al sur, de aquel río.

Satisfecho, Cartago se entrega a la tarea de organizar la explotación de los recursos naturales de Iberia, alimentando con afán las fuentes de las que habrá de beber su renovada potencia militar. Los Barca crean así una suerte de Estado hispánico dirigido por ellos desde la flamante ciudad de Cartago Nova y solo unido a Cartago por vínculos muy laxos. La agricultura, la pesca, la salazón, la minería, la economía entera, alcanzan un auge nunca visto en aquellas tierras. Y un nuevo ejército, mucho más eficaz y disciplinado, leal hasta la muerte a su general Aníbal se prepara para la venganza.